

RESEÑAS REVIEWS

Alarcón Sierra, Rafael

“Vértice de llama”: el Greco en la literatura hispánica. Estudio y antología poética. Valladolid: Universidad de Valladolid, 2014. 316 pp. (ISBN: 978-84-8448-816-3)

El Greco lleva de moda mucho tiempo, desde que una cadena de esfuerzos de recuperación de su pintura lograran sacarlo del olvido –con su tanto de desprecio– al que parecía condenado, para acabar por tenerlo por uno de los padres del arte contemporáneo y ponerse bajo su amparo. El centenario de su muerte (1614-2014) estuvo sembrado de celebraciones muy variopintas, con exposiciones que volvían a sacar a la luz los tesoros del Greco en las mejores condiciones –restauraciones mediante– y una serie de textos destinados a examinar a nueva luz y difundir a voces las claves de un ingenio hermanado con los movimientos

artísticos contemporáneos sobre todo a principios del siglo XX.

En este marco resulta fundamental la función de la literatura en el acercamiento a la pintura del Greco, pues desde bien temprano la clásica alianza artística (*ut pictura poesis*) colabora grandemente en la configuración de un concepto de pintura española y en la conformación de un canon pictórico (J. Portús, *El concepto de pintura española: historia de un problema*, 2012). Por eso, el libro *Vértice de llama* de Alarcón Sierra es más que bienvenido, ya que se suma a la fiesta con un lúcido ensayo que se abre en tres direcciones del mayor interés: la construcción de la imagen del Greco, el estudio de la fortuna del pintor y su obra en la poesía hispánica –con unas fronteras amablemente difusas que le permiten tocar textos en otras lenguas–, y, por fin, una deliciosa antología de poemas grequianos del ayer

al hoy. Sin entrar en detalles, de entrada ya se ve la completa silueta del trabajo que, en metáfora pictórica, se puede resumir en un marco de lujo, un cuadro sobresaliente y una guía de mano que permite entender y degustar la obra de arte.

Luego de una breve introducción que incide en la contemporaneidad del Greco, Alarcón Sierra acomete un repaso panorámico a la construcción de la imagen del artista, que ya había adelantado en parte en un ensayo anterior. No se trata de una tarea sencilla, pues en torno al Greco se arremolinan una larga serie de críticas y polémicas que se enfrentan y responden unas a otras desde su tiempo hasta el día de hoy: de la extravagancia que se veía en sus pinturas los siglos XVI y XVII, y que lo convirtieron en caballo de batalla de escuelas y maneras, se pasa a la progresiva reivindicación del arte grequiano con el Romanticismo y los viajeros extranjeros, que vocearon por Europa la nueva imagen del artista, abriendo la puerta a que poco a poco se le tenga por el modelo *par excellence* de la pintura moderna y varios de los istmos del momento, que solo cobra cuerpo en España con el *fin de siècle*. Si en estos primeros acordes el ensayo va entre *allegro* y *presto* (el uso del Greco en la *querelle* gongorina tiene mucho juego), con los comienzos del siglo XX se suaviza el tempo para presentar con detalle la

cadena de visiones y revisiones que se acometen tanto desde el campo de la pintura (Zuloaga, Picasso, etc.) como de la literatura (Baroja, Azorín, Unamuno, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, etc.), en un camino en el que el Greco gana enteros como símbolo de la imagen nacional. Ahora, la amplitud de miras del trabajo de Alarcón Sierra va mucho más allá, porque tiene en cuenta un gran abanico de textos (ensayos, dramas, novelas, etc.) que extiende a la pintura, otras artes (cine, danza y música), publicidad y hasta *merchandising*, amén de presentar un catálogo del impacto del Greco en otros países (Estados Unidos, Francia, Grecia, etc.). En pocas palabras, este abreboca teórico es un torbellino similar a un cuadro de Brueghel el Viejo, pero con un orden y concierto que lo ponen al alcance del lector.

Con este bagaje, que advierte al lector de las polémicas que rodean al Greco, sigue el examen de la huella grequiana en la poesía hispánica, que constituye el verdadero corazón del libro junto con la galería de textos poéticos. Como bien se dice al inicio, “[l]a presencia del Greco en la lírica es claramente deudora” de la cadena de interpretaciones coetáneas (75): los cuadros que se miran poéticamente y las ideas reflejadas viven en su *hic et nunc*, así que se hacen eco de las idas y venidas en torno

al Greco, con especial atención a los avatares durante el siglo XX. No se dice mucho sobre los comienzos de la historia en el Siglo de Oro con los poemas de Paravicino, Góngora y otros, que configuran ciertamente una visión positiva del Greco por una cierta afinidad artística con la poesía de la excelencia –dizque cultista– por la que abogaban y que dio pie a una serie de disputas con Quevedo y otros en los que el nombre y la pintura del Greco se usaban en dos sentidos: baza de apoyo y signo de hermandad (fue “Góngora de los poetas” para Faria e Sousa), pero también lanza de ataque contra enemigos de apuesta estética (“al Greco imite el hórrido bosquejo”, escribió el príncipe de Esquilache). Luego de un tiempo de barbecho y algunos signos a finales del siglo XVIII, la estela del Greco comienza a tener fuerza en el siglo XX. Alarcón Sierra establece algunos deslindes de interés: écfrasis de un retrato del Greco a la manera parnasiana y la visión de su obra como clave de una “España negra” (primer tercio del siglo XX), con “El inquisidor” (*Retratos antiguos*, 1902) de Antonio de Zayas y “El caballero de la mano en el pecho” (*Apolo. Teatro pictórico*, 1911) de Antonio Machado como representantes más brillantes, pero que igualmente deja espacio para poemas dedicados a la ciudad de Toledo que abrazan

una “prácticamente inevitable” referencia al Greco y sus pinturas (102) y una lectura feísta que se integra dentro del Modernismo; seguidamente, comienza una mirada religiosa de la pintura del Greco que se combina con ejercicios de construcción de galerías artísticas (a partir de Alberti, *A la pintura*, 1948-1978) que dan fe de vocaciones pictóricas luego orientadas hacia la poesía y juegos especulares con el presente del poeta (Cernuda, “Retrato de poeta”, *Orígenes*, 1953), que las más de las veces se tiñe de un toque elegíaco marcado por el exilio; finalmente, desde la década de 1950-1960 la poesía contribuye a la fama internacional del Greco, desde una variedad de ejercicios picto-poéticos que van desde las recreaciones libres hasta las series poemáticas dedicadas únicamente al Greco.

Tras el *comento* viene la selección de textos que ha de leerse en diálogo con las ricas apostillas de Alarcón Sierra. Por primera vez, se ofrece un museo de poemas pictóricos consagrados al Greco y sus pinturas desde los primeros sonetos de Cristóbal de Mesa (“Al griego”) y Góngora (“Inscripción para el sepulcro de Domínico Greco”), hasta un poema de Jorge Arco (“Dos pintores en Belén (El Greco)”). En conjunto, la antología vale como una reconstrucción poética de la fortuna del Greco, que se completa con una serie de guiños

al paso y referencias menores (Ramón de Basterra, William Carlos Williams, Gloria Fuertes y algunos otros) que se examinan en el estudio pero que no pasan al repertorio. La riqueza de la galería ya da fe de la cuidadosa labor de busca y caza de Alarcón Sierra, pero se ve todavía más claramente con algunos detalles adicionales que se dan gracias a relaciones directas con los poetas, sentido en el que brilla especialmente una nueva versión del poema de Luis Javier Moreno “El Greco (1541-1614): *San Sebastián*”.

Por tanto, con este maravilloso libro de Alarcón Sierra se presenta un repaso a la concepción (antigua y moderna) del Greco y una antología comentada de poemas que da fe tanto de la profunda huella del pintor en la literatura como de la evolución de los ejercicios picto-poéticos en una dinámica de innovaciones y pervivencia de tópicos (como la *muta poesis* que adorna la silva de Fina Calderón). Si en el cierre se espera un *risorgimento* de la poesía pictórico-grecoquiana, se puede desear igualmente que este *Vértice de llama* invite también a la continuación de los estudios interartísticos: otros ingenios (Picasso, Velázquez, etc.) aguardan sus antologías, entre otras muchas opciones. En suma, con este benemérito libro sobre el Greco se da la misma maravillosa casualidad que el destino reser-

vara para Alberti: “buscar la Pintura y hallar la Poesía”.

Adrián J. Sáez
Université de Neuchâtel
adrian.saez@unine.ch

Alonso Asenjo, Julio

Teatro colegial colonial de jesuitas de México a Chile. València: Universitat, 2012. 290 pp. (ISBN: 978-84-370-9047-4)

El profesor Julio Alonso Asenjo, en este libro titulado *Teatro colegial colonial de jesuitas de México a Chile*, edita dos textos representativos del teatro escolar del Nuevo Mundo: el *Colloquio a lo pastoril hecho a la elección del Padre Provincial Francisco Baes y a la del Padre Visitador del Pirú, Estevan Páez*, de Juan de Cigorondo (1598), y el *Coloquio de la Concepción*, de autor anónimo, compuesto y presentado en Chile en 1732. La moderna edición crítica de ambos manuscritos, distantes entre sí 134 años, provee de un panorama general de la formación académica en las colonias del Nuevo Mundo, en particular, de los jesuitas. En palabras del mismo Julio Alonso Asenjo: “En la primera de estas dos piezas se ofrece la producción de los jesuitas de fines del siglo XVI, en la fase manierista del humanismo o clasicismo antes de la eclosión del Ba-